

BIBLIOGRAFICAS

I

“LAS PINTURAS DEL CARDENAL QUINTERO”

Nuestro apreciado amigo, el doctor Joaquín Gabaldón Márquez, nos dispensó en la mañana de ayer un atenta visita, con el fin de poner en nuestras manos copia de una carta que, con fecha 13 de este mes en curso, dirigió al Emmo. Señor Cardenal Arzobispo de Caracas, con motivo del libro que, como homenaje del gobierno venezolano al primer purpurado venezolano, recoge su obra pictórica, especializada en retratos.

Por parecernos de gran interés la misiva, nos permitimos darla hoy a nuestros lectores. Dice así:

A Su Eminencia el Señor Cardenal J. Humberto Quintero, Arzobispo de Caracas.
Eminentísimo Señor, admirado y querido amigo:

Fue ayer en la primera Sesión del Año Nuevo de la Academia Nacional de la Historia cuando me fue entregado el hermosísimo libro “*Las Pinturas del Cardenal Quintero*”, presentado por los señores doctores J. L. Salcedo-Bastardo y Ramón J. Velásquez, como una de las Ediciones de la Presidencia de la República, avalorado aún más, desde el sobre y la dedicatoria de usted mismo y de su propia insigne caligrafía, lo que convierte el volumen en una integral joya preciosa de estilo y de significación.

Yo, por cierto, Eminencia, no puedo presumir ni de una caligrafía ni de una mecanografía de nada como tanto estilo y pureza, siendo como son las mías ya un tanto vaetudinarias, condición de quien puede sólo llamarse a sí mismo cotidianamente “Yo pecador”, mientras que Su Eminencia puede gloriarse con justos títulos —que se muestran eminentemente en este libro—, de alcanzar cada vez más los altísimos niveles de un estilo integral, que va desde las sencillas letras sobre el papel —inclusive las del sobre— hasta los más elevados de la sapiencia teológica y del corazón humano.

Paso a decir a usted, Eminencia, cómo he admirado su “*Vir dolorum...*” (imitación que usted dice del Greco), pero que más que una imitación es una inspiración insuperable, puesto que pudiera decirse que ni en el Greco mismo pareciera haberse manifestado una claridad tan profunda como la que aparece de esos ojos que le hizo usted a ese Cristo (*Vir dolorum...*), el cual se diría ser —por esa misma claridad dolorosa— como el directo y exacto antecedente inmediato del hombre de cómo es el caso singular de Jesús, se ha trocado en Dios, como para señalar ese único camino para llegar a caminar hacia la divinidad del hombre.

Eso me hace recordar, cómo hace ya casi cuarenta años, estando yo en Buenos Aires, y usted en su amada Mérida, hubo usted de impartir —por conducto de mi

hermano Roberto, estudiante entonces allí, su aprobación a una frase mía, que me había inspirado mi madre, y que hablaba de “la Teología, ciencia positiva y exacta” . . .

¡Y fíjese usted, Eminencia, cómo la Teología vive tan llena de extrañas y poderosas virtudes, que puede acercar en un efímero momento la inspiración —si así puede decirse en este caso—, la inspiración, sí, de un mero gusano terrestre, a la muy alta y permanente de quien puede haber seguido las huellas del Greco en mucho más de uno o dos de esos ojos maravillosos que nos traen, o con los que nos miran, desde los retratos pintados por José Humberto Cardenal Quintero, los múltiples personajes que obtuvieron la gracia de sus pinceles espirituales y de sus paletas terrestres, para dar con todo ello esa iluminación que dije, de los ojos que se abren al infinito por las pupilas del *Vir Dolorum* del Cristo de usted.

Por ese mismo camino, aun cuando a un nivel infinitamente menos alto, hube yo un día de mirar al Greco, según un episodio que he de contar a Usted otro día, sin atreverme a hacerlo a ninguna de sus figuras de Cristo, y conformándose con mirar a la figura del *Caballero de la Mano en el Pecho I*. De allí surgió una serie de artículos —“Con la Mano en el Pecho”—, que hube de sustituir luego —no sé por qué—, con los que llamo ahora “*Memorias de la Fantasía*” que no son, acaso, sino una pálida prolongación de aquel mismo proceso.

Entre las inspiraciones muy parcas de ese mismo proceso, he tenido últimamente la de no escribir casi nada de mayor extensión que la de una página, por lo cual he de aprovechar las últimas mínimas líneas para poner a mi esposa Dulcemaría Anzola de Gabaldón Márquez, bajo los auspicios de Su Eminencia, en gracia a la de haberse llevado ella mucho en este mismo proceso.

Con lo que somos sus más devotos

Joaquín Gabaldón Márquez

Dulcemaría Anzola de Gabaldón Márquez

II

DE CIMA A SIMA: MIS PARIDADES CON EL CARDENAL QUINTERO

Por JOAQUÍN GABALDÓN MÁRQUEZ

(Tomada del libro “Páginas de Evasión y Devaneo”, de Joaquín Gabaldón Márquez, Páginas 13, 14 y 15. Caracas-Buenos Aires, Imprenta López de Buenos Aires, septiembre 1959).

Caracas, 16 de Enero de 1978

Mons. Juan Francisco Hernández, Director del Diario “LA RELIGION”,
Edificio Juan XXIII, Torres a Madrices.
CARACAS.

Querido Monseñor Hernández

Estuve ayer en la mañana demasiado temprano, acaso —para expresarle mi vivo agradecimiento por la honrosa inserción de mi carta para Su Eminencia el

Cardenal Quintero, iluminada —que no sólo ilustrada, aún cuando algunos usan “iluminismo” e “ilustración” como si fueran sinónimos— por la reproducción del *Vir Dolorum*. . . —Varón de Dolor, si no yerra mi parquísimo latín—, o sea con la hermosísima efigie que nos ha dado el Cardenal de la más bella figura de Jesús, la del Dios que más sufrió por el destino del hombre, de la que dije yo que no fuese una imitación sino una inspiración más del Greco!

Decía yo allí a Su Eminencia el Cardenal, o recordaba, la ocasión en que una frase mía —“la teología ciencia positiva y exacta”— había acertado a coincidir con su altísimo pensamiento, cuando hubo él de impartir a mi tartamudo sentimiento su aprobación, cuando el suyo era el de la ciencia divina y el mío sólo la saeta disparada por no sé cual íntimo sagitario hacia Dios sólo sabe cuál estrella desconocida!

Aquella coincidencia fue con ocasión de unas palabras que dije yo en Buenos Aires, bajo el título de “América Madre”, que me había inspirado —balbucía yo—, con ocasión de un homenaje a mi madre “por el Espíritu Santo de la Mujer argentina”, ocasión en la que me habían salido estas palabras. “Y ya que he nombrado al Espíritu Santo, permitidme que vuele un instante por los cielos de la teología, ciencia positiva y exacta. . .”

Lo llevó al entonces Padre Quintero, en Mérida, mi hermano Roberto, estudiante en Mérida, y me envió por vuelta de correo, a Buenos Aires, y en contra de ciertos otros criterios, ciertamente profanos, la afirmación del padre José Humberto, de que yo tenía razón en calificar a la “Teología como ciencia positiva y exacta!

Ahora estoy enviando a “La Religión” aquellas palabras mías de Buenos Aires, porque aquéllo de “Madre América”, que dijo Martí, o “América Madre” —todo es una misma cosa e ideas—, se nos viene imperceptiblemente encima, como algún silogismo de la ciencia teológica.

Me refiero a Nuestra América, la misma de la que dijo Rubén Darío “la que reza a Jesucristo y habla en español”, y no porque quiera yo hacerla restricta poniéndola a hablar en una sola lengua, sino porque con el español de Santa Teresa de Jesús, de Miguel de Cervantes, de Simón Bolívar, y de José Martí, ha de reproducirse hacia el mundo una suerte de nuevo Pentecostés, porque hablándole al mundo en esa lengua cervantina, y teresiana, y bolivariana, y martiniana, bien hemos de saber que hablaríamos para que cada pueblo, cada hombre, cada Hemisferio, cada Continente, puedan comprendernos en su propia lengua. Ya Bolívar lo previó cuando pensó que el Istmo de Panamá podría llegar a ser un día la Capital del Universo. ¡Sí, hablaremos al mundo en nuestra propia lengua, para que todos la entiendan en lo más alto de sus sílabas, de sus letras y de sus palabras propias!

La copia que le envió del “Escrito de Buenos Aires” en un fotostato de las páginas 13, 14 y 15 de mi libro “Páginas de Evasión y Devaneo”. Que el que quiera y pueda entender, que entienda!

Suyo muy afectuoso, con mis reiteradas gracias;

Joaquín Gabaldón Márquez

III

AMERICA - MADRE EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

Palabras para agradecer, a nombre de la señora María Teresa Márquez de Gabaldón, el homenaje de cariño que le rindiera un distinguido grupo de mujeres argentinas el día 20 de octubre de 1940, con motivo del aniversario de su llegada a Buenos Aires.

Queridos amigos:

Es difícil hablar por otra persona, y más aún si se trata de un hijo que debe expresar los pensamientos y las emociones de una madre; no porque unos y otras le sean extraños, sino al contrario, porque los siente tan profundos, tan sinceros y tan suyos, que la misma emoción lo conmueve y anonada. Hablar el hijo por la madre, es como si la luciérnaga de la cálida noche tropical, errante sobre la tierra silenciosa, quisiese asumir el brillo inextinguible y tranquilo de la estrella callada y altísima. Encenderá su fanal microscópico sobre la oscura senda; agitará apasionadamente sus alas frágiles y temblorosas; se posará levemente sobre el pétalo dormido; y se perderá para siempre en el olvido y en el polvo, después de un instante de fulguración diminuta. Mientras tanto, la estrella seguirá brillando allá arriba, entre las otras estrellas madres, esas que todos vosotros habéis mirado siempre en vuestro cielo, guiando vuestros pasos en medio de la sombra profunda, embelleciendo vuestros atardeceres, y saludando, a la par del canto de la alondra, la llegada de vuestras más bellas mañanas. Porque esta fiesta, es una fiesta a la madre; fiesta nacida del corazón de unas mujeres hermosas y buenas, inspirada por ese instinto de la mujer que lleva hacia lo bello y lo generoso y que engrandece y sublima los más preciosos momentos de su vida.

Vosotros queréis agasajar, amigos, a una madre venezolana, y habéis elegido a una que por circunstancias especiales podría llamarse la madre oficial de los venezolanos en esta tierra argentina. Pero ¿quién es, en el fondo, esa madre? ¿Cuál es la madre que hace acto de presencia entre nosotros, representada tan hermosamente por ésta que contemplan con tanto cariño nuestros ojos filiales? No en vano, amigos, podemos decir que en estas divinas cosas del espíritu, no podrían hallarse sinonimia más perfecta que la de las palabras Madre y Patria. Porque es Venezuela la que está presente esta tarde entre vosotros, presa, por decirle así, en vuestros brazos filiales; y elegida por vosotros, inspirados por el Espíritu Santo de la mujer argentina, para agasajarla agasajando en ella a todas las madres de América!

Y ya que hemos nombrado al Espíritu Santo, permitidme que vuele un instante por los cielos de la teología, ciencia positiva y exacta. Vosotros habéis pensado, quizá, alguna vez, en un diálogo entablado por las Tres Divinas Personas, alrededor de un tibio hogar, donde chisporrotean olorosos maderos del Líbano celeste. ¡Hablan animadamente Los Tres, acerca de los destinos humanos; dialogan, y sabemos, sin embargo, que son un solo Dios! ¡Misterio ante cuyas puertas enmudece el pensamiento y ciérranse los ojos anegados en la angelical lumbré de la Fe!

Pues, bien, hermanos, existe también el misterio de la Unitaria Multiplicidad de América-Madre. Y como queremos oír la dialogar, yo os invito, porque estamos en un tiempo en que los dioses tienen frío, a que encendamos un gran fuego, aquí mismo, a las orillas del Plata, frente a la pampa inmensa. ¡Traed maderos de la selva amazónica; traed ramajes del ombú, entre los cuales canta el viento pampero misteriosas canciones; traed la leña de los pinares andinos, a cuya sombra óyense aún, como lamentos, las músicas de los yaravíes; traed palmeras, guitarras que rasguea, entre roncós tambores la brisa del mar de los Caribes! Y que acerquen un poco esa divina llama del corazón de la mujer argentina. . . Así podrán hablar nuestras Madres, sin temor a esa racha de hielo, que sopla desde aquel lúgubre hemisferio donde se ha desatado la Muerte.

Ya las miro sentarse al borde de la hoguera olorosa y tranquila. Mientras hablan, la una peina el vellón de un cordero blanquísimo. Hila la otra el hilo de los sueños del algodón. La morena lleva en sus brazos un infante mestizo. Esta abre su seno a un huérfano del mundo. Aquélla se alisa las guedejas de oro. La otra deja colgar sobre sus hombros la cabellera, como una noche sin astros. Hablan las madres. Sus rostros se iluminan con el reflejo de la lumbre apacible. Sus ojos, de una melancolía fúlgida y apasionada, se buscan entre las palabras y los signos. Sus manos se estrechan por sobre el calor y la llama de los maderos encendidos. Hablan las madres en la noche sin crepúsculo. Hablan en la medianoche larguísima. ¡Dialogan en la madrugada sin fin! . . .

De repente, vuelven los ojos al Levante. Un áureo resplandor va rasgando la noche.

¡Se incorporan las madres ante el alba que nace!

Y se levantan al cielo las manos que han sostenido en el regazo tibio a los desamparados de la tierra. Se oyen las voces unísonas que han arrullado los sueños desfallecientes del mundo. ¡Brillan las intensas pupilas maternas con un fulgor purísimo!

¡Hermanos! ¡Que se arrodillen los hombres sobre las doradas colinas del amanecer! Sobre las riberas de mares intranquilos, donde ahora van a dormirse las olas como ovejas recién bañadas. Sobre las pálidas llanuras, llenas del polvo de las cabalgatas épicas, donde ahora van a florecer para siempre las amapolas entre los trigos maduros. ¡Sobre las orillas de los grandes ríos, en cuyos remansos transparentes van a refrescar sus anchas alas multicoloras as banderas, encendedoras de faros, sobre todos los promontorios de la tierra!

América-Madre está dialogando consigo misma, mientras apunta en el orto el astro de su destino!

¡Amigos!

¡Hermanos! ¡Gracias por las madres de América!

Buenos Aires, 20 de octubre de 1940.